7333

JULIO HERNÁNDEZ

LOS MONOS

MORALEJA EN UN ACTO

TEATRO DE LA COMEDIA—24 Marzo 1900

Segunda Edición

Copyright, by Julio Hernández, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12

1912

18.

LOS MONOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley,

LOS MONOS

MORALEJA EN UN ACTO

ESCRITA EN PROSA Y VERSO

POR

JULIO HERNÁNDEZ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 24 de Marzo de 1900, en el beneficio de la primera actriz ROSARIO PINO

Segunda Edición

CARTAGENA

E. GARRIDO, IMP. S. ANTONIO EL POBRE, 7

1912

A Rosario Pino y Pepe Rubio:

A vosotros os debo el éxito de esta moraleja; á vosotros, en pago, os la dedico.

Y conste, que con ello no queda saldada nuestra cuenta. La dejo abierta para aumentar el saldo; es decir, para que me sigáis estrenando obras.

Vuestro agradecido

El Autor

669172

PERSONAJES

GLORIA. . . . . SRA. PINO

ANGEL . . . . . SR. RUBIO

LA ESCENA EN MADRID

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete reducidísimo.—Puerta al foro y una á cada lado.—Sofá, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

GLORIA.—Al levantarse el telón aparece sola la escena, oyéndose, al foro, la voz de Gloria, que al poco sale.

Gloria (Dentro) ¿Aún no ha regresado, eh? Pues ya lo sabes, Gaspar: cuando venga el señorito le dices que no estoy, que he salido... ¡que me he muerto! (Saliendo) ¡Esto es intolerable, insufrible é incalificable! Salió de casa á las ocho de la mañana y á las doce no ha vuelto todavía... Por supuesto, la vecina del segundo, de cuya casa llego, tiene razón sobradísima. Quien deja de tenerla, no tomando sus consejos, soy yo, en este caso, y el caso es de importancia para mí... Para mí que Angelito me quiere, eso es aparte. Porque si no me quisiera, no respondería *que sí* cada vez que le digo: «¿Me quieres mucho?» Ni lo hubiera repetido ante el señor cura cuando nos unió en matrimonio hace cinco meses, dos semanas y un día. No me olvido del día, porque es el que recuerdo con más satisfacción... ¡Como fué el primero!... «Los hombres no mienten nunca», dice mi marido á cada paso, y paso á creer esta afirmación, porque él debe estar enterado de lo que hacen los hombres... Pero,

de cualquier modo, esta vida no es para mí. ¿Que Angelito no es culpable?... Convengo. Pero que yo no he nacido para ser esposa de un médico, lo aseguro. La mujer que tiene á un médico por marido, es como el calvo á quien regalan un peine... que no le sirve absolutamente para nada ¿Ustedes creen que yo veo á Angel á alguna hora del día?... Pues se equivocan. A ninguna. ¿Y de noche? ¡De noche es lo peor!.. Apenas nos retiramos á descansar, tín, tín, tín... ¡la campanilla!... ¡Alguien que se muere!... Angel deja la cama, toma la puerta, ¡y yo me quedo con un miedo en aquella soledad! Y vamos á ver... ¿Para qué lo llaman? ¿No dicen siempre que se muere el enfermo?... Pues para los muertos podrán hacer falta los funerarios, pero los médicos no. Los médicos para los vivos... y para las vivas. Cada vez que me quejo de estos sinsabores, me contesta lo mismo la vecina. «No se fíe usted. ¡El mejor marido es un pillo si se le profundiza!... Vigile usted al suyo, y si nada consigue con su vigilancia, imite usted su conducta, y verá el resultado. ¿Que él sale?... Salga usted. ¿Que él no entra?... No entre usted. ¿Que él—como especialista—recibe muchas mujeres en su clínica?... Visite usted á todos los especialistas de Madrid; y si la deja á usted sola á media noche, á media... entonces no sé qué aconsejarle, porque, ya de noche, francamente, yo no veo claro... Usted procure imitarle en todo, para que él—harto de la conducta que usted observe—la obligue á cambiar de rumbo. Y, naturalmente, para persuadirse de si usted la obedece, Angel tomará rumbo distinto del que lleva. La imitación produce siempre buenos efectos, y como prueba recuerde usted—añade la vecina—la anécdota de *Los monos,* que sé de

memoria, á fuerza de oírsela repetir. . . .
. . . . . .
Y como ya no voy pudiendo más con mi marido, y como la excusa de los enfermos le habrá de durar toda la vida, de hoy no pasa. Hoy abordo la cuestión con Angel y tenemos *monos*. ¡Ya lo creo que los vamos á tener! La mujer se casa para tener marido, y nunca para que el marido esté á disposición de la viuda dengosa, ó lo niña nerviosa, ó la mujer celosa, á quienes el médico no sirve para maldita de Dios la cosa... buena. (Pausa y al público.) Ustedes señoras de médicos, ¿están conformes conmigo?... ¿Verdad que sí?... Pues eso me basta y me consuela, porque mal de muchas... y si Angel aparece por aquí, cuidadito con decirle ni jota, porque el abecedario completo quiero enseñárselo yo. (Mutis izquierda.)

ESCENA II

ÁNGEL POR EL FORO

Angel ¿Pero esta mujer ha perdido la cabeza?... Primero me dice el criado: «La señorita ha muerto.» ¿Qué dices? Respondo con la emoción natural... «Digo—añade—lo que ella misma encargó que dijera á usted en cuanto llegase...» Es una broma; ¡respiro!... Me dirijo á este cuarto y la oigo hablar; supongo que tiene visita, me acerco, y al llegar á la puerta, la veo entrarse por esa otra, sola como un espárrago... cuando el espárrago no tiene compañía. De aquí deduzco, que habla consigo misma, y de esto á la locura, hay un paso muy corto... Mi mujer está histérica, y ¡eso me falta!... El histerismo es peor que el cólera ¡porque el cólera mata al enfermo, pero el histerismo mata á cuantos

rodean al paciente!... (Ella aquí... calma... y ojo clínico!)

ESCENA III

DICHO Y GLORIA

Gloria ¿Regresaste, por fin, *querido esposo*? (¡Me decido á estar fuerte!)

Angel Hija, así que dejé de ver enfermos, me dije, á casa. ¡Lo que hago siempre!

Gloria ¿Has dicho de ver *enfermos?*

Angel Justo. (¡Sus ojos denotan extravío!)

Gloria ¿Y por qué ocultas que viste enfermas?

Angel ¡Pero Gloria, si yo no oculto nada!... La palabra, *enfermos,* es genérica.

Gloria ¿Genérica, eh?

Angel Naturalmente.

Gloria ¡Pues bien, la palabra podrá ser eso, pero tú, Angel, eres un perdido!...

Angel ¿Yo?

Gloria ¡Un perdido que merece la horca! (Me parece que no empiezo mal!...)

Ange! ¡Mujer tú exageras!

Gloria (¡Es verdad... porque si empiezo ahorcándole ¿qué me queda para después?) Lejos de exagerar, he estado comedida

Angel (¡Vaya; aún tendré que agradecerle si se contenta con ahorcarme!... ¡Está exaltada... no la debo contrariar!)

Gloria ¡Y esto no puede seguir!...

Angel Tienes razón.

Gloria Esta vida, no es vida.

Angel Tienes razón.

Gloria ¡Tú me estas matando lentamente!

Angel (¡Manía persecutoria! ¡A esto ya no le puedo dar la razón!) ¡Pero Gloria mía!...

Gloria ¡Lo que oyes!... Y para matarme, estás utilizando el peor de los venenos!...

Angel (¡Lo que dije! ¡Perturbación completa!) Mujer...

Gloria ¡Yo no soy tu mujer!

Angel (¡Rematada!) Bueno

Gloria ¡Pero sí!... ¡Lo soy! ¡Vaya si lo soy!...

Angel ¡Lo que tú quieras!

Gloria ¡Y como lo soy, te pido cuentas! Ven aquí... siéntate en el sofá á mi lado...

Angel (Declaro que me siento con miedo.) Vaya... aquí me tienes (Ambos sentados en el sofá)

Gloria Empecemos. Saliste de casa á las ocho de la mañana ¿A dónde fuiste?

Angel Al cuarenta y dos de esta calle; casa de Rodríguez, que tiene una viruela negra horrorosa.

Gloria ¡Ay!... ¡Apártate de mí en seguida! (Al ¡ay! de Gloria, levántase Angel asustado) ¡Vete al otro extremo del cuarto! ¿Conque tratas á variolosos?...

Angel No faltaba otra cosa, sino que me negase á asistirlos.

Gloria Por eso te sentaste á mi lado con tanto gusto, para inocularme la viruela. ¡Pillo! ¡Infame!

Angel (Esta acaba con la camisa de fuerza. ¡Por fuerza!) (Pausa)

Gloria (¡Pobrecillo! ¡Como se calla!) Bien... acércate. Toma asiento junto á mí. Como estabas.

Angel ¿En qué quedamos?

Gloria En que te quiero tener cerca. ¿A quien viste después de Rodríguez?

Angel Espera que recuerde.

Gloria No vayas á mentirme.

Angel Los hombres no mienten nunca... (que no les conviene.) Después dilaté á Trinidad Gil un absceso en el carrillo.

Gloria ¿Conque á Trinidad? ¿Y en el carrillo? ¿En qué carrillo?

Angel En el izquierdo. En semejante sitio, cerca del ojo. (Señala con el dedo cerca del ojo izquierdo)

Gloria Me alegro que sea ahí. Así se quedará desfigurada esa Trinidad.

Angel ¡Pero mujer! Si el doliente es tu dentista.

Gloria Pues me alegro también. Alguna vez había de tocarle sufrir á ese hombre, que se pasa la vida haciendo sufrir á la humanidad, á fuerza de tirones.

Angel (¡Bonita teoría!)

Gloria Adelante. Continúa. ¿De casa del dentista marchaste á?...

Angel Al hospital.

Gloria ¿A la sala de mujeres, eh?

Angel Bien sabes que soy especialista en enfermedades de la mujer.

Gloria Lo que sé, y no lo querría saber, es que eres un granuja. ¡Granuja!

Angel (Ya escampa)

Gloria ¿Para qué te hiciste especialista de mujeres? Para buscar la ocasión. ¡Ah, pérfido! ¿Qué le duele á usted?... dirás tú á una de esas enfermas—por quien más te intereses—«Verá usted, doctor... Siento aquí una molestia...» ¿Dónde? «Aquí, en el lado izquierdo» A ver, á ver. Desabróchese usted el vestido. ¡Eso es! ¡Perfectamente!... Y tú, con tus manos lavadas, tocarás el sitio, darás un golpecito... ¿No es bastante?... Darás otro... y otro depués... y por tu voluntad no retirarías la mano hasta el día del juicio «Que me hace usted cosquillas,» dirá la *enferma,* poniendo el rostro dulcemente melancólico. «Séame usted franco, doctor... ¿Qué encuentra usted en mi corazón que no sea normal.» Y tú, con los ojos clavados en el sitio de la molestia, y cayéndosete la baba, ¡sí, la baba! ya sabes que puedo dar fe de que se te cae la baba, contestarás: «No se lo puedo asegurar por este solo reconocimiento; pero me atrevo á afirmar que tiene usted el corazón mejor de lo que podía suponer» Ella. «Si lo tengo mejor, algo extraordinario notará usted en él, porque si no

lo encontraría usted bueno.»—Tú: «Bueno debiera usted tenerlo si me hiciera caso en todo cuanto la digo: pero usted no se fija demasiado en mis palabras, y esto es lo sensible.» Todo esto lo dices con segunda intención, ¡malvado! Y ella, con tercera, añade: «No me hable usted así, por Dios. Pensar que yo no le atiendo, me ofende. Pruebas de lo contrario le tengo á usted dadas.» Esto de las pruebas, ya ves si es significativo, ¡truhán! ¿Y para qué seguir? Después de esas pruebas vienen otras pruebas... y yo, á todo esto, solita en casa. Pues no señor. Cambio de vida. ¿Que tú sales? ¡Salgo yo! ¿Que como especialista ves muchas mujeres en el traje de Eva? ¡Pues en el traje de Eva van á ver á tu mujer todos los especialistas de Madrid! ¿Que de noche dejas la cama? ¡Yo la dejo también! ¿Tú vas á un parto? ¡Yo voy á cualquier parte, pero me voy! He de hacer lo mismo que tú, y no trates de disuadirme, porque pierdes el tiempo. Aquí vamos á tener la de los *monos*. Conque monos, digo, manos á la obra. Cinco minutos tienes para recapacitar en cuanto dejo dicho. Lo dicho, dicho. ¡He dicho! (Mutis foro)

ESCENA IV

ANGEL

Pues señor... esta no es mi mujer... ó yo no soy yo... ó ella está loca... O como un loco hace ciento, yo soy el loco sin que hasta ahora me haya dado cuenta de ello... ¿Qué pasa aquí?... ¿A qué obedece la actitud de Gloria? Y de esto hace muy pocos días. Pues estoy divertido. ¿Tener celos? De qué? La pobre me quiere tanto. Está enamoradísima de mí. Es

natural. Pero de todas suertes estoy divertido. ¡Pobrecilla! Dios me dé acierto para curarla. Hasta ahora no presenta caracteres alarmantes. (Sale)

ESCENA V

DICHO Y GLORIA

Gloria — Transcurrió el plazo. ¿Qué decidiste?

Angel — ¡Pegarme un tiro, si prosigues charlando! (¡Hay que asustarla!)

Gloria — (¿Será verdad, Dios mío?... ¡Pues si se suicida, lo pierdo en absoluto!... ¡Amainaré!...) ¡Vamos á ver, tontín!...

Angel — (¿Me llama tontín?... ¡Está de buenas!) ¡Habla, que escucho!...

Gloria — ¿Tú me quieres?

Angel — ¡Con toda mi alma!... ¡Cómo no querer un Angel á su Gloria... y tú eres mi Gloria... y yo tu Angel!

Gloria — ¡Sí! ¡Mi Angel malo!

Angel — Malo... ¡Vamos mujercita, bien sabes que te quiero muchísimo!...

Gloria — ¡Eso deseo yo, tontín!... que me quieras tanto como yo te quiero. ¿Recuerdas la noche que nos conocimos?... Se celebraba un concierto de beneficencia. Yo había sido invitada á tomar parte, cantando *Locura de amor,* aria de no sé que maestro. ¡El teatro estaba brillantísimo! ¡Pisé la escena con un temblor tan extraordinario, que de haber llevado cascabeles, el ruído de éstos hubiera apagado los acordes de la orquesta!... Yo me coloqué aquí... (Extremo izquierda actor) ¡Eso es!... ¡A la izquierda! Tú ocupabas una butaca á mi derecha. Cogiste los gemelos y me los echaste. Naturalmente, yo lo noté en seguida, porque las mujeres nos damos cuenta de cier-

tas cosas al momento. Yo te miraba de reojo, y es claro, por los sitios opuestos que ocupábamos, me tuviste que entrar por el ojo derecho. Al día siguiente, hablamos... y á las veinticuatro horas—que ya nos tuteábamos—me decías: «¡Estoy loco por tí!» ¡Yo estaba loca, desde la noche del concierto, de manera que bien pronto estuvimos locos los dos! Esto no era extraño, porque nos conocimos en medio de la *Locura de amor!* ¡Después de un par de meses de relaciones, vinieron los dichos, y después, los hechos, y ahora que yo me consideraba feliz á tu lado, me encuentro con que tu conducta no es la más á propósito para hacer mi felicidad!... ¿Por qué visitas enfermas, Angelito?

Angel ¿Volvemos á empezar? ¡Yo te juro que la mujer, en plural, me sobra! ¡En singular, es decir, tú, me das la vida!

Gloria ¡Si eso fuese cierto!

Angel ¡Los hombres no mienten nunca!

Gloria Eso dices tú, pero la vecina me asegura que lo que hacen los hombres es no decir palabra de verdad.

Angel ¿Y qué sabe la vecina?... Habla con el vecino, y verás como dice lo contrario.

Gloria Bueno. ¿Vas á complacerme de aquí en adelante?

Angel ¡Con sumo gusto!

Gloria ¡Deja la medicina!

Angel ¿Y nos moriremos de hambre?

Gloria ¡Tienes razón... no había pensado en ello!...

Angel Pero vive tranquila, mujer, (y déjame tranquilo.)

Gloria (Lloriqueando) ¿Y cómo he de vivir tranquila no teniéndote á mi lado? ¡No me atrevo á fiar en tus palabras!

Angel ¡Atrévete!

Gloria ¡Con cuanta razón me hablaba la vecina!

Angel Y dale con la vecina.
Gloria Si la vecina conoce muy bien á los hombres...
Angel Hija, á los sesenta años, ¿qué mujer no los conoce?
Gloria Pues ya lo sabes. Como me engañes, estoy decidida á tomar sus consejos.
Angel ¿Sus consejos?... ¿Qué te ha aconsejado?
Gloria Escucha este cuento y lo sabrás:
«India llanura un buhonero
solitario atravesaba,
y de amarillento cuero
á sus hombros el viajero
tosca maleta llevaba.
Esta, bien acomodado,
todo un bazar contenía,
que aquel buhonero á un mercado
por el camino expresado
cuentan que se dirigía.
Conforme fué sucediendo
á la luz la oscuridad
y la noche apareciendo,
se iba el viajero rindiendo
en aquella soledad.
Sólo monos la poblaban
que por ella discurrían
y á la llanura bajaban,
ó á los árboles trepaban
y en sus ramas se escondían.
No pudo el hombre seguir
jornada tan larga y dura,
teniendo que decidir
pasar la noche y dormir
en medio de la llanura.
De la maleta sacó,
por ser de su mercancía,
gorro, conque se abrigó,
pues justamente pensó
que iba á ser la noche fría.
Bajo un árbol cobijado,

apenas se hubo tendido
y su devoción rezado,
á fuer de estar fatigado
se quedó el pobre dormido.
El nuevo sol le despierta
á la mañana, oportuno,
y al ver, con mirada incierta,
que está su maleta abierta
y no hay en ella ninguno
de los gorros que encerraba...
que eran antojos pensó,
que aún dormido se encontraba,
que su vista le engañaba...
Mas los ojos se frotó,
y entonces, lleno de enconos
y de estupor y extrañeza,
renegando en agrios tonos,
se encontró á todos los monos
con un gorro á la cabeza.
Al pronto rompió en reir,
que el lance lo merecía,
y después vino el freir,
cuando parecióle oir
que su maleta decía:
«¡Buhonero, te han arruinado!»
Esto le encolerizó,
y afligido, desolado,
furioso, desesperado,
su desgracia recordó.
Luego, obrando con cordura,
quiso remediar sus males,
procurando, ¡qué locura!.
atraerse con dulzura
á todos los animales.
Pero ellos caso no hacían,
que los monos son muy zorros,
y saltaban y corrían,
y bajaban y subían
con sus respectivos gorros.

El hombre, en su desconsuelo,
ya que arruinado se vió,
jurando con loco anhelo,
arrojó furioso al suelo
el gorro que le abrigó.
Y ellos los suyos se quitan,
y usando idénticos modos,
en tanto gruñen y gritan,
al suelo los precipitan
como por resorte, todos.
Lógicamente, al instante
el buhonero los cogió,
y con risueño semblante
se fué de allí tan campante,
y mi cuento se acabó.»
Esta historia, como vieja,
mucho te puede enseñar
si entiendes su moraleja:
«Siempre el ejemplo aconseja
procurándolo imitar.»

Angel ¡Eso es una tontería!...
Mi bondad notoria es..
¡Desecha, pues, tu manía,
porque si no, esposa mía,
acabas en Leganés!

Gloria Señoras, ya habéis oído
en qué paró esta algarada
entre mujer y marido...
Los Monos, ¿han merecido
que les déis una palmada?

TELÓN

Luna-33-Leche

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías